

Solo. Absolutamente solo



- *¡No puede ser! ¡No puede ser...! ¡Esto es una equivocación! ¡Jamás imaginé que justo hoy, me iba a pasar...! ¡Terminará bien...?* - palabras huecas, cáscaras vacías, medio pensadas y medio, habladas... todo se resiste dentro de mí, como queriendo negar lo innegable... pero es lo único que va y vuelve, monótono y vertiginoso... como un eco afónico que se repite, repite... y estalla, dentro de mi cerebro. Debería estar llorando, pero solo hay una sonrisa estúpida en mi cara, que me sorprende por su desubicación y por estar... pletórica de nada. De muchas nada. Nada absoluta... y nadie me pregunta como estoy.

El tiempo se detiene en derredor y todo, comienza a transcurrir como en un sueño etéreo y doloroso. Pero transcurre tan demasiado lento, tan abrumadoramente pesado y pegajoso, que solo siento el deseo primitivo de arrancarlo, expulsarlo desde muy adentro. Los segundos se transmutan en minutos, los minutos en horas y las horas, en distancias infinitas, imposibles. Todo pasa y pasa, pero sin pasar... todo esta quieto, en las enormes distancias que separan a un segundo del otro, del otro y del otro... Y nadie me tiene en cuenta... para nada. Solo... aunque rodeado de gente.

Mis ojos miran hacia dentro y hacia abajo, como si el mirar hacia otro lado me pesase toneladas, como si mis parpados tuviesen que aguantar el peso de un puño grotesco y caprichoso, que me los proyecta impiadoso hacia la tierra de baldosas viejas, desgastadas... Baldosas, cuadrados receptáculos de miles de historias, similares a la mía. Pero mis ojos miran sin mirar. Se pasean por el todo y por la nada, hasta que se detienen en cualquier lugar, cualquiera, incluso el más insólito, insignificante y anodino - una manchita marrón en el suelo, un pedazo sucio de papel, un pucho consumido hasta el final o una pequeña piedra, que vaya a saber como llegó hasta allí -. Tan solo un punto perdido en el entorno, pero que me permite pensar - o aunque sea intentarlo - mirando sin mirar. Oyendo sin oír... Solo. Absolutamente solo ante mis fantasías, mis miedos... y el no saber que pasa.

El aire me abandona, huye. Lucha contra mí y hasta me desafía. Me contradice. Se burla. Escapa y al retornar, clava sus manos en el dintel de la entrada de mi nariz, cada vez más estrecha. Y se resiste a ingresar en mi boca, que por más que la abro, me resulta insuficiente... Mis inútiles pulmones parecen leer el temblor que sacude a mi cerebro y respiran rápido, muy rápido, pero el aire solo me entra gota a gota, como pidiendo permiso.

El aire antojadizo se me niega, caprichoso y duro, viscoso y gomoso, entra y sale rápido, pero en pequeñas cantidades, como queriendo que mi yo no muera, como queriendo que mi yo siga vivo, quizá para no privarse del maquiavélico placer de contemplar mi sufrimiento... Y en un esfuerzo supremo, apelando a mis fibras y a mis nervios, logro que me entre un poco más, casi hasta el



fondo, ese aire mezquino, que se niega y se niega. Y luego, sigo sintiéndome como un pez en el aire, sofocándome lentamente... ignorado por todos. Solo. Siempre solo.

Un manto pesado, se apoya displicente en el centro de mi nuca y de mi espalda. Me muerde violento, seguro y sin prisa, constante y con una tensión en aumento, que amenaza desgarrarme. Por momentos, parece abrazarme y aturdirme, mientras tironea hacia cualquier parte, paseándose entre los músculos del abatido cuello, la tiesa espalda y luego... despacio, muy despacio, va bajando por mis brazos, hasta quedar colgado de la punta de mis dedos... Me tiembla la mandíbula e intento serenar mis locas manos, que tiritan maniáticas y ni siquiera me permiten, tomar un caramelo ácido, perdido entre los recovecos de mi saco. Las dejo descansar a mis manos en el bolsillo, ocultas y cerradas. Todos están indiferentes, como a miles de kilómetros, respecto a lo que vivo, a lo que siento yo...

Me duele mucho la boca de mi estomago y casi no puedo tragar. Mi saliva esta espesa, insoportable, agria. Cuando logro tragar, un nudo se retuerce en lo más profundo de mi cuerpo y explota, sumergido en un vaso puro de acidez. Es un puño que me empuja, me retuerce hacia abajo y hacia adentro, haciéndome tomar conciencia de mi infinita pequeñez. Es una mano descarnada y huesuda, que me aprieta. Pero a nadie logro hablarle, ni decírselo. Mi dolor se multiplica al no poder hablarlo. Después de todo, esto, no sé... quizá, es culpa mía.

Y no puedo pensar... Nada me alegra, nada me distrae, nada me dice nada. Solo espero... y esperar, me mata. Todo me enerva y no puedo pensar, ni siquiera en otra cosa... en nada. Pero nadie se ocupa de mí. Yo, nada importo... para nada y para nadie. Un sudor frío y viscoso, me moja desde adentro, inunda mis axilas, baldea mi espalda y llena mi frente de un fino rocío... mientras la ropa pareciese que se funde, se mezcla y se conjuga con mi propia piel, que ahora me arde y no me aguanta.

Bruscamente se abre una pesada puerta y una mujer, de riguroso blanco, cubriendo con sus brazos una bolita blanca, me dice: - *¡Papá, este es su nuevo hijo...! ¡Felicitaciones!* – El mundo cambia. Mi cuerpo parece flotar ingrávido en el aire, inundado de pura felicidad. Mi cara se ilumina y se abren mis ojos, surcando mi rostro una sonrisa más grande que mi cara. El mundo me sonrío... Soy feliz, nació mi hijo.

fin